

Rosario Castellanos

## Autorretrato

### Poema original:

Yo soy una señora: tratamiento  
arduo de conseguir, en mi caso, y más útil  
para alternar con los demás que un título  
extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:  
yo soy una señora. Gorda o flaca  
según las posiciones de los astros,  
los ciclos glandulares  
y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.  
O morena, según la alternativa.  
(En realidad, mi pelo encanece, encanece.)

Soy más o menos fea. Eso depende mucho  
de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo  
—aunque no tanto como dice Weininger  
que cambia la apariencia del genio—. Soy mediocre.  
Lo cual, por una parte, me exime de enemigos  
y, por la otra, me da la devoción  
de algún admirador y la amistad  
de esos hombres que hablan por teléfono  
y envían largas cartas de felicitación.  
Que beben lentamente whisky sobre las rocas  
y charlan de política y de literatura.

Amigas... hmmm... a veces, raras veces  
y en muy pequeñas dosis.  
En general, rehuyo los espejos.  
Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal  
y que hago el ridículo  
cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño

que un día se erigirá en juez inapelable  
y que acaso, además, ejerza de verdugo.  
Mientras tanto lo amo.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.  
Hablo desde una cátedra.  
Colaboro en revistas de mi especialidad  
y un día a la semana publico en un periódico.

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi  
nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca  
atravieso la calle que me separa de él  
y paseo y respiro y acaricio  
la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música  
pero la eludo con frecuencia. Sé  
que es bueno ver pintura  
pero no voy jamás a las exposiciones  
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo  
y, si apago la luz, pensando un rato  
en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no  
diferenciarme más de mis congéneres  
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.  
Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,  
los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto  
es en mí un mecanismo descompuesto  
y no lloro en la cámara mortuoria  
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo  
el último recibo del impuesto predial.